



obre la crisis  
universal de las  
ciencias sociales  
y humanas en la  
universidad

**Rafael Rubiano Muñoz<sup>1</sup>**

<sup>1</sup> Sociólogo y magíster en Ciencia Política de la Universidad de Antioquia, doctor en Ciencias Sociales de Flacso-Argentina, profesor titular de la Universidad de Antioquia. E-mail, [rafael.rubiano@udea.edu.co](mailto:rafael.rubiano@udea.edu.co).

**S**obre la figura intelectual de Max Weber se ciernen en nuestros medios académicos y universitarios muchas sombras, debido entre muchas circunstancias, a la lectura parcial de sus obras, al desconocimiento íntegro de su biografía y a la utilidad sesgada que se le ha dado a su rica y creativa construcción teórica y metodológica. Lamentablemente simplificado hasta la vulgaridad, a Weber se le conoce más como un sociólogo político, aunque como es de notar en la biografía excepcional escrita por su esposa, Marianne Weber<sup>2</sup>, el pensador alemán estudió jurisprudencia en la Universidad de Heidelberg, luego se Doctoró en derecho a la edad de 25 años con una tesis sobre «La historia de las compañías comerciales en la Edad Media», y con 27 años completó su tesis de profesor titular con un estudio sobre «La historia agraria de Roma».

Realizó estudios sobre economía y se dedicó a campos que lo familiarizaron con la sociología, que complementaría con filosofía, y literatura, incursionó en los temas y problemas religiosos y por la ascendencia familiar estuvo vinculado con los vaivenes de la vida política y la política alemana en una época de convulsiones ideológicas y de guerras. Empezó a dictar clases en la Universidad de Berlín, allí sustituyó al maestro Levin Goldschmidt<sup>3</sup> y se desempeñó como catedrático en las universidades de Fri-

<sup>2</sup> Weber, Marianne. *Biografía de Max Weber*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.

<sup>3</sup> Prestigioso jurista, nacido en Danzig en 1826 y muerto en Hasse-Naussau en 1897.

burgo, Berlín, Viena y Múnich. A la edad de 32 años fue nombrado para dictar una cátedra de ciencias políticas en la Universidad de Heidelberg, sucediendo al maestro Karl Knies<sup>4</sup>.

Un intelectual transeúnte y un erudito hicieron parte esencial de la personalidad de este pensador alemán.

Weber fue *par excellence*, el intelectual político de la era moderna, en la medida en que la academia y la investigación fueron más que soportes para las andanzas políticas, medios y escenarios de comprensión y de análisis de la realidad política de su país natal y del mundo. Precisamente, esas lagunas desconocidas del pensador alemán son habituales en medios como el nuestro en el que la historia de las ideas, las ideologías y el pensamiento se aprenden «aparentemente devanando los cerebros de los pensadores», sin situar las personalidades de carne y hueso en los ambientes sociales en que surgieron, ni hurgando en sus existencia familiar o personal. Hay quienes se les escucha hablar a todo pulmón de Weber y desconocen, por ejemplo, que Marianne Weber fue una de las primeras mujeres que ingresaron a la universidad alemana, dirigió grupos feministas en ese país en una época fundada en los valores patriarcales y casi monásticos de la era imperial de Bismarck.

Marianne incluso fue quien custodió y divulgó la obra y pensamiento de su cónyuge y, es de añadir que, en el hogar que formaron, su ambiente familiar fue propicio para construir sólidos valores personales e intelectuales, tales como el de la vocación —*berufen*— y la ética religiosa. Los antepasados de Weber provenían de clases burguesas, en parte elites burguesas que conformaron una alta cultura intelectual y eran personas ligadas a la fidelidad de la religiosidad alemana —católica o protestante—. En ese sentido el capital intelectual de Weber se fundó en una tradición familiar en el que sus antepasados o estuvieron ligados a la actividad empresarial, a la vida artística, a la militar o a las letras, la filología y el trabajo intelectual.

Sin duda, por ejemplo, los valores familiares de la *vocación* pasaron de generación en generación hasta llegar al Weber Jr., transmitidos por su madre Helen von Fallestein y Max Weber padre. Capital cultural —para decirlo con Pierre Bourdieu<sup>5</sup>— constituyó la base del entorno de Weber, el abuelo materno de Weber fue escritor, profesor, funcionario público, colaboró en el diccionario de los hermanos Grimm y trabó amistad con el historiador Gervinus. El abuelo paterno, Karl Augusto Weber, era un comerciante en paños de Bielefeld<sup>6</sup>. Nacido el 21 de abril de 1864, Max Weber fue enfermizo, en ciertas épocas de la vida, sufrió de meningitis, lo que le ocasionó la hidrocefalia que le generaría un daño a su salud intermitentemente en su vida.

No obstante, su enfermedad, tuvo una concepción inalterable de la vocación profesional —como actitud que se adquiere a través de las adversidades y los límites que se le impone al individuo y que impone la sociedad—, en ese sentido, la pasión y la convic-

<sup>4</sup> Reconocido economista alemán, nacido en Marburg en 1821 y muerto en Heidelberg en 1898.

<sup>5</sup> Bourdieu, Pierre. *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI, 2011.

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 56-78.

ción que determinan la vocación semejan a la definición que años atrás, en 1835, propuso Karl Marx: «Reflexiones de un joven al elegir la profesión», que fue un escrito de juventud, con 17 años, para obtener su título de bachiller<sup>7</sup>. En Weber y Marx el conocimiento es un servicio ante todo personal y social en el sentido del perfeccionamiento humano propio de la *aufklärung* —ilustración—. En el interior de los Weber, la constitución de un *ethos racional* para la ciencia, la milicia, la empresa y la política fue un referente ineludible de su sociabilidad familiar<sup>8</sup>.

Hay unos detalles de la vida de Weber sorprendentes. Aprendió latín a los 9 años y manejó el italiano, francés, español y ruso, entre otros idiomas. En la adolescencia leyó incansablemente, con pasión y ardor, estudiaba historia —su materia preferida—, los clásicos del mundo antiguo y la filosofía moderna. En la secundaria leyó Spinoza, Schopenhauer y Kant. A los 12 años leyó *El Príncipe* de Maquiavelo<sup>9</sup>, además de los escritos políticos de Martín Lutero<sup>10</sup>, sin embargo: «El adolescente casi no hacía tareas para la escuela y solo ocasionalmente prestaba atención en la clase»<sup>11</sup>. En el bachillerato leyó toda la obra de Goethe, y a los 15 y 16 años leyó historia de los griegos, además de la historia de Ernst Curtius, Theodor Mommsen y Heinrich von Treitschke, y algunas obras relacionadas con la historia de Estados Unidos<sup>12</sup>.

Homero, Heródoto, Virgilio, Cicerón y Salustio, también le acompañaron en su ado-

lescencia, frente a los cuales hizo ensayos y construyó debates, al punto que se constituyó la historia clásica en pasión insaciable, que la lectura lo llevó a leer a Theodor Mommsen, la obra monumental: «Historia de Roma»<sup>13</sup>. Le dio valor a los bienes de la modernidad cultural, la prensa, las bibliotecas, la imprenta, las revistas y llegó a señalar, sobre la función del libro en la sociedad, que: «¿Para qué son los libros sino para ilustrar a las personas acerca de cosas que no son claras para ellas y para instruir las?»<sup>14</sup>. Con 18 años entró a la Universidad de Heidelberg, como estudiante universitario fue díscolo<sup>15</sup>, sin embargo, siguió la senda de sus estudios históricos, la historia románica y germánica, preferiblemente, se conectó con la obra de Leopold von Ranke<sup>16</sup> y con él se ligó estrechamente a la crítica de los historiadores modernos hecho por el maestro.

En 1883, con 19 años, se alistó al ejército alemán, y se trasladó a Estrasburgo, allí estuvo un año. Fue jefe de escuadrón, y pese a la exigencia militar y la taberna que frecuentaba con libaciones muy recurridas, no cejó en formarse intelectualmente, manteniendo relaciones familiares con E.W. Benecke y Hermann Baumgarten —su tío político—. Dejó constancia con otro registro de la importancia de los bienes culturales como capital incuestionable, por ejemplo, afirmó que: «¿De qué serviría una biblioteca en constante crecimiento si el conocimiento no aumentaba también la sabiduría y la bondad y si las

<sup>7</sup> Marx, Karl. *Escritos de Juventud sobre el derecho: textos 1837-1847*. Barcelona: Anthropos, 2008.

<sup>8</sup> Weber, Marianne. *Op. cit.*, pp. 94-97.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>10</sup> Martín Lutero. *Escritos Políticos*. Madrid: Editorial Tecnos, 1986.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 99.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>16</sup> Leopold von Ranke, fue uno de los más universales historiadores alemanes de la época de Weber. Nacido en Wiehe, Alemania 1815, y muerto en Berlín en 1886.

acciones cotidianas no eran sostenidas por el vuelo del intelecto?»<sup>17</sup>.

El erudito fue creciendo como un *kraken* y, no obstante, su sabiduría, fue «humano, demasiado humano», pues, la vida de este hombre no fue idílica como la imagen del cielo de la biblia. En 1892 defendió su tesis «examen rigorosum»<sup>18</sup> para obtener el título de doctorado y preparo la *habilitationschrift*<sup>19</sup>, el examen para ser profesor universitario. Con una investigación sobre la *historia agraria de la Roma Imperial* se le acreditó, al pasar el examen, para dictar derecho romano, germánico y comercial. Y a contracara, la vida universitaria fue entrecruzada por los laberintos políticos y Weber no fue ajeno a esa singularidad de la universidad y la política. Los conflictos y las disputas de la era Guillermina no inhibieron ni excluyeron al sociólogo, por el contrario, Weber no solamente fue un pensador de la política, también fue activista, pese a lo cual, no dejó de defender su libre pensamiento y su conciencia porque confrontó los partidos y las ideologías de la época.

Se batió con los sectores liberales, conservadores y socialistas, sus vaivenes con la derecha y la izquierda alemana, nunca lo precipitaron hacia la radicalización, entre la pasión política siempre estuvo el freno de la sensatez académica al observar sus avatares

en la vida política. Max Weber fue un defensor de la libertad intelectual y en su obra y pensamiento hay un esfuerzo muy grande por explicar y comprender los juicios de valor en los escenarios académicos, universitarios y extrauniversitarios, frente a lo cual afirmó: «Tratar de moldear a quienes están en proceso de desarrollo, imponiéndoles juicios de valor político, es algo que está fuera de lugar en la cátedra, y que un profesor que trata de influir sobre muchachos dóciles como demagogo o “profeta” en la sala de conferencias, está excediendo su autoridad»<sup>20</sup>. Entre 1898 y 1899, Weber enfermó a causa de variadas «crisis nerviosas», frente a lo cual decidió viajar y reposar en un sanatorio, esta adversidad de salud, le impidió realizar cualquier tipo de actividad intelectual, perdió mucha vitalidad al respecto. Luego de intervalos de salud-enfermedad, empezando el siglo XX, leyó algunos escritores ingleses y franceses, se las vio con Rousseau, Voltaire, Montesquieu<sup>21</sup>, entre otros.

En 1904 retornó a su activa e intensa actividad intelectual con trabajos sobre metodología de las ciencias sociales, la objetividad, y la economía política, y empezó su muy conocido libro: *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, acabando la primera parte en otoño de ese año. En 9 meses, Weber produjo tres grandes trabajos, lo que anunciaba un brillante regreso a la vida intelectual. Valga reseñar entonces con estos mínimos datos que, al morir Weber en 1920, Marianne Weber era presidenta de la Federación Femenina Alemana –*Bund Deutscher Frauenvereine*, BDF–, y pese a su activismo, no tuvo puesto político en el movimiento feminista.

La libertad sexual y la lucha por la igualdad de géneros, fueron entre otros muchos

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 124.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 149.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 191.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 154.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 263.

temas, el centro candente de la relación de ambos personajes a lo largo de su convivencia y matrimonio. La infidelidad o los deslizos de Weber como esposo no estuvieron ausentes de una existencia humana que, pese a las alturas del intelecto, al cosmopolitismo y la universalidad, a la creatividad científica e investigativa, fue un ser encarnado, un personaje académico y universitario, el erudito y el docto que erró y anduvo como cualquiera ser humano del mundo. Estas cortas referencias, son puntos cruciales para una aproximación adecuada —no oportunista— de la obra y el pensamiento de Weber. No se menciona comúnmente que en esa misma biografía de Marianne, hay una documentación excelsa y prolija de la vida de Weber a través de las cartas, esto es, mediante el epistolario y con la ayuda de una memoria sin igual, Marianne recuperó, completa —sino integra y casi fiel—, la personalidad y la existencia del sociólogo alemán. Y que en esa misma biografía se delatan los avatares y también los equívocos, los éxitos, las enfermedades, la felicidad, los miedos, los fracasos, la muerte, en fin, los intrínquilos de la trayectoria vital de un intelectual.

Como es sabido, *La biografía* es una de las fuentes obligadas de los estudios sociales y políticos y es uno de los registros inevitables de la historia intelectual<sup>22</sup>, por ello resaltamos la importancia de la vida escrita de Weber por su esposa, ya que como lo indica el estudio preliminar a la obra señalada, Marianne pretendió con este relato, de 21 capítulos y 650 páginas, rescatar «... al "genio impoluto", pese a su grave enfermedad, [y buscó, R.R.] impresionar a sus colegas académicos, ... a un públi-

co lector que adulaba a gurúes como Oswald Spengler (1880-1936), al conde de Keyserling (1880-1946) y su "Escuela de la Sabiduría" en Darmstadt, y, especialmente, a Stefan George»<sup>23</sup>, quienes fueron los representantes del *pangermismo* y de la derecha alemana, y valga señalar en esa misma época, entre otros comentarios que son curiosos, esos intelectuales alemanes que fueron confrontados por el colombiano Baldomero Sanín Cano en sus artículos de prensa del diario *La Nación* de Buenos Aires<sup>24</sup> entre 1916 a 1921.

Pero tras estas referencias a la biografía de Weber es necesario decir, se plantean porque es obligado manifestar que es realmente empobrecedor e incluso infructuoso, enseñar sociología, o historia, o filosofía, o ciencia política, o derecho, o antropología, o psicología, si no hay un diálogo entre el hombre, su vida, sus ideas y obras. Es inobjetable la formación universitaria en clave de la historia intelectual, ya que el estudio universitario no se angosta en una historia de las ideas o del pensamiento en sí, —abstractas y abstraídas—, sino que desde la perspectiva de la historia intelectual se deben tener en cuenta los contextos y ambientes, variados del letrado o el pensador y, con ello, hurgar en fuentes diversas, tales como biografías, memorias, epistolarios, congresos, docencia, diplomacia, viaje, prensa, revistas, y muchos otros.

Lamentablemente, nuestra enseñanza y aprendizaje universitario se desenvuelve en un entorno empantanado —resbaladizo, o en ocasiones ahogados por arena movediza— bajo el lodo de la escolástica —mal entendida y comprendida— en la que se generaliza

<sup>22</sup> Altamirano, Carlos. *Programa para una historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.

<sup>23</sup> Marianne, Weber. Op. cit., p. 39.

<sup>24</sup> Rubiano Muñoz, Rafael y Londoño Mesa, Andrés Felipe. *Baldomero Sanín Cano en la Nación de Buenos Aires (1918-1931)*. Prensa, modernidad y masificación. Bogotá: Universidad del Rosario, 2013.

hasta la destrucción y a su vez se simplifica triturando a los personajes y a las obras que han constituido el acervo del conocimiento de las ciencias sociales y humanas, al menos aquellos que transitaron del siglo XIX al siglo XX. En la sociología, el derecho y en la ciencia política primordialmente, algunos cursos dedicados a pensadores y al pensamiento, prescinden (intencionada o no) de recomponer o reconstruir las ideas que son sociales, o sea, lo que aparenta ser primordial es el uso de conceptos y categorías, abstraídos de sus orígenes sociales.

Por ejemplo, es el caso que en nuestros predios «cerebrales» universitarios, ya no interesa, menos aún, provoca si quiera por curiosidad, leer y enseñar a los pensadores del siglo XIX, debido a que son concebidos como desechos de una época pasada y esa indiferencia se impone sin mediaciones, acaso por la equívoca percepción del ritmo vertiginoso de las modas recurrentes, algunas por la *colonialidad* del pensar, o por la globalización tecnológica y virtual. ¿De qué sirve hoy hablar en clase —se afirma como soldado de campo de concentración o miembro de la Gestapo— poner a circular en los medios académicos y universitarios a individuos como Augusto Comte, Emile Durkheim, Herbert Spencer, Karl Marx, Max Weber, Talcott Parsons, Georg Simmel, frente a un mundo aplastado por asuntos más prioritarios o más urgentes?, en el *país de Jauja* —como solía increpar Weber ante la idolatría y, el fanatismo— se juzga apresuradamente, o si se quiere se yuxtapone administrativamente —burocracia irracional— la urgencia de resolver problemas

prácticos y, ante la practicidad del mercado o de las vanidades personales, no es válido y legítimo lo que han pensado o pensaron los intelectuales en el pasado.

Según esta «casta burocrática» que arriba con emergencia a los puestos directivos académicos y administrativos de la universidad, sin vocación y liderazgo, por *contingencia*, los problemas sociales —sociológicos o políticos por su puesto—, según su caprichoso parecer, deben ser estudiados o investigados mediante la «rara especie» de la aplicación de ciencias prácticas —¿quién sabe qué son para ellos ciencias prácticas?— con la también errónea visión según la cual las ciencias clásicas —entiéndase históricas o culturales como lo ahondó Weber, como falso dilema, esto es la disyuntiva ciencias sociales y naturales—, no merecen mayor cuidado, ni infraestructura, ni inversión, porque otros asuntos académicos son prioritarios. Ahora con la pandemia que carcome el planeta y un virus que ha desatado la muerte de miles en el mundo, de seguro Weber y sus predecesores, han quedado (o quedarán) doblemente sepultados y se liquidarán sus «herencias» por la «peste del olvido» con decreto y norma incluida.

Por lo anterior, y no es el objetivo aquí denostar el carácter educativo de la educación superior colombiana, sino más bien, suscitar el debate sobre cómo se realiza la enseñanza de los llamados pensadores clásicos o contemporáneos de la sociología en nuestros dominios *hacendarios* universitarios, es necesario empezar a desaprender para darle novedad al aprendizaje y una de las tareas docentes fundamentales es revivir sin osificar el legado y la herencia del pensamiento y de las obras clásicas, por lo que a través de la publicación de la revista *Debates* de nuestra Alma Máter se ha pretendido rememorar a uno de los personajes más influyentes de las ciencias sociales del siglo XX y de la actualidad, el sociólogo alemán Max Weber, para revalorizar sus aportes y sus contribuciones hoy.

No obstante lo anterior, a sabiendas que son muchos los déficits acumulados a lo largo del tiempo en el campo de lo estrictamente pedagógico de la formación académica de la universidad, el problema *strictu sensu*, de la manera defectuosa de cómo procedemos a la enseñanza y al aprendizaje se debe en mucho al peso no muerto del todo, sino más bien, *agónico* de una educación fundada en los ribetes de la *colonialidad hispánica*, es decir, a partir de formas de mentalidad que han enseñado a comprender el mundo y los problemas sociales de espaldas a los sentidos, al intelecto y a la razón. La raíces de nuestra intolerancia contra el intelecto, esa resistencia invertida en un contorno de *antiintelectualismo* militante en las aulas, se ha debido a la imagen y a la mentalidad religiosa que nos ha inoculado por siglos y que encontró el abono en territorios como el nuestro por la vía más negativa, es decir, el desprecio y el rechazo al compromiso y la coherencia con el pensamiento, los conocimientos y el saber como *vocación*, como destino ético y moral, como realización de la perfectibilidad humana en su aspiración hacia lo mejor.

No obstante, haber sido Weber el sociólogo quien más aportó a una sociología de la educación en la perspectiva de la *vocación* y a una sociología política en el sentido del problema del *liderazgo* en las aulas, en las que se pueden reflexionar sobre las contrariedades del docente como científico o político, como se ha indicado, se mutila y se le enseña solamente como el experto de la sociología del poder y de la dominación. Una lectura atenta a sus últimas producciones, casi al finalizar su vida, muestra cómo el intelectual se enfrenta a los conflictos y de qué modo el rol del intelectual en una sociedad en guerra o convulsa no es un asunto banal ni insulso, sino capital de los estudios en las ciencias sociales.

¿Demagogos o científicos, profesores o profetas? Precisamente esos dilemas en el aula fueron las últimas elucubraciones del profesor doctor Weber en una Alemania que transitó de la era imperial, a la unidad nacional, luego a la república y desembocó al fascismo, con lo cual, hay que señalar, Weber se movió en un medio turbio y candente en términos políticos. Sin embargo, empleó su riqueza intelectual para debatir con sus colegas y contradictores, siempre según se coligue de su biografía, con la autoridad de la investigación y la erudición, no con las mañas, los artilugios y las irracionalidades con que nos movemos en nuestros medios universitarios que es lo habitual y lo común. Y aunque parecería que su vida fue el foro de *Atenas*, de igual manera se prestó a convertir su casa en un medio de conversación y tertulias, de sociabilidad o de socialización, espacio social fundamental para la construcción de la vida intelectual y la conformación de comunidades científicas<sup>25</sup>, donde pasaron horas amenas o de incómodas —por el nivel de discusión— nombres que descollaron en las ciencias sociales mundiales, por ejemplo Georg Lukács, Georg Simmel, Ernst Troeltsch, Werner Sombart, Ernst Bloch, por mencionar algunos al azar.

Conversación enriquecida, debate argumentado, foro público y libertad de expresión, pensamiento y de conciencia constituyeron algunos de los valores indubitables de la personalidad académica, científica y universitaria de Weber. Suponer que estos presupuestos valorativos puedan ser constitutivos de la universidad colombiana, ya no es una uto-

<sup>25</sup> Coser, Lewis. *Hombres de ideas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.



pía, sino un candor, en razón justamente a los contornos que definen, como lo descubrió Weber, la vida moderna, la administración burocrática —la burocracia— y la democracia —un régimen que peligrosamente puede derivar en el cesarismo—. Sin duda, al leer la obra y la sociología de Weber, la relación *burocracia y democracia* genera un vínculo antitético en las sociedades masificadas y modernas, que difícilmente esos dos espacios sociopolíticos se pueden equilibrar y armonizar y a ese proceso que llamó de «dominio racional» de racionalización<sup>26</sup>, no pueden sustraerse las universidades.

¿Pero cómo recuperar los valores de la *racionalidad*, no de una *racionalización irracional* en nuestros espacios universitarios, plagados de autoritarismo e intransigencia? Es muy cierto que los rasgos de esta mentalidad fundada en la intolerancia hacia el valor de la vocación no se han podido erradicar, valga mejor expresar, superar en la universidad llamada pública, cada vez más convertida en monopolio de grupos y de intereses privados y personales, no por la honda huella cultural sino igualmente por el mismo proceso analizado por Weber de la masificación democrática y la burocratización. Aquí incluimos una extraordinaria conferencia de Max Weber titulada «Burocratización», a propósito de lo que mencionamos sobre el control y el dominio incontrolado de personas y grupos en la academia convertida en «botín político».

El mismo Weber, preocupado con la juventud universitaria alemana, redescubrió las tendencias a la manipulación y al idealismo desenfrenado provocado por ideas o ideologías que se tomaron las aulas, como amenazantes para el trabajo docente y para obviamente la labor científica y académica de enseñanza. Las actitudes de propaganda, ideologización, movilización social y política desde las aulas, de agitación y de alteración mediante consignas y eslóganes fueron concebidas, en un momento de luchas y conflictos políticos a gran escala, como no solamente irresponsables sino deleznable de los profesores alemanes, tanto los *pangermistas* —la derecha nacionalista— como de los *socialistas* —la izquierda radical—, porque el aula no debía ser el recinto de mesías o profetas o demagogos y populistas. Politizar el aula o despolitizarla, fue uno de los dilemas o de los laberintos que debió enfrentar el sociólogo alemán, y que al día de hoy no está exenta la universidad de nuestro país.

Esas actitudes criticadas por Weber en las aulas, esas maneras de ser y comportarse se pueden rastrear hoy en algunas actitudes estudiantiles y profesoriales, que el mismo Weber estudió y confrontó debidamente con argumentos y con consistentes investigaciones. Una de sus últimas creaciones fueron sus dos conferencias de Múnich de 1919<sup>27</sup>, la primera titulada «El político como vocación (*Politik als Beruf*)» y la segunda: «La Ciencia como vocación (*Wissenschaft als Beruf*)», publicadas en español, al leerlas no solamente se puede aprender qué es la sociología política en su esencia desde la perspectiva weberiana, sino también se pueden abordar reflexiones agudas, palpitantes y pertinentes sobre el transcurrir de nuestras universidades, así mismo se pueden analizar los dilemas que enfrenta la docencia y el docente.

<sup>26</sup> Giddens, Anthony. *Política y sociología en Max Weber*. Madrid: Alianza, 1976.

<sup>27</sup> Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 2012.

Conocido como *El político y el científico*, las conferencias de Weber de 1919, convertidas en libro, constituyen uno de los temas sociológicos más potentes y adecuados para la discusión de no pocos problemas contemporáneos, la formación del Estado nacional, los partidos, los medios de comunicación, el poder, el liderazgo, las formas de dominación, el papel de las universidades, la definición de los políticos, el liderazgo, la democracia, la burocracia, en fin, lo que se denominaría como tipologías sociológicas de la sociología comprensiva. En este que se publica al público lector, se podrán relieves, pero básicamente debatir, algunos de los puntos centrales de la sociología de Weber en ese amplio y vasto campo de la sociología del conocimiento que el pensador alemán fundó y construyó, no solamente con el objetivo de conmemorar los cien años de su muerte, sino más bien, con la aspiración y el propósito de poner en diálogo a este intelectual alemán con la realidad del país.

¿Cómo enseñar Weber en Colombia y qué le puede decir Weber a las generaciones de hoy? Uno de los estudiosos y quien algunas décadas atrás despertó un interés inusitado en la obra y el pensamiento del alemán, el sociólogo inglés Anthony Giddens, argumentó en la presentación de su libro: *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*<sup>28</sup> que algunos sociólogos hay que considerarlos como los clásicos, y cuando se estudia un clásico quiere decir que: «Clásicos son los fundadores que nos hablan de algo que aún

se considera pertinente. No se trata simplemente de anticuadas reliquias, sino que se les puede leer y releer, y constituyen un foco de reflexión sobre problemas y las cuestiones de la actualidad»<sup>29</sup>. Aceptando el carácter de clásico que le otorga Giddens a Comte, Durkheim, Marx, Parsons y a Weber naturalmente, el problema no es enseñarlos como bustos de bronce, sino como voces que tienen más de lo que uno cree, mucho por decir de la actualidad.

El mayor reto de la universidad hoy en la enseñanza de los clásicos, es cómo enriquece una generación y por supuesto pasa de mano en mano, sin deformarse y desconfigurarse. Pero es obligado una exigencia más, resultaría absolutamente inapropiado, por decir lo menos, una actividad vana en el tiempo, enseñar a Weber –y muchos otros– sin procesos de adecuación o de mediación con nuestras propias circunstancias. Es posible enseñar literal y unilateralmente al Weber exclusivamente alemán, pero se osificaría y se cristalizaría en el aula; de igual manera, es también plausible desdoblar a Weber en Hispanoamérica y Colombia, lo que sería indudablemente más que un enriquecimiento, la edificación de un progreso ininterrumpido en el tiempo. Esos diálogos ya existen y sería imprescindible avivarlos, por solo citar tres en nuestro continente, las figuras de José Medina Echavarría<sup>30</sup>, Gino Germani<sup>31</sup> y recientemente Álvaro Morcillo Laiz y Eduardo Weisz<sup>32</sup> han constituido faros de los procesos de transculturación, por decirlo de un modo, de un autor foráneo y su aclimatación en un medio diferente.

<sup>28</sup> Giddens, Anthony. *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*. Barcelona: Paidós. 1997.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>30</sup> Medina Echavarría, José. *Consideraciones sociológicas del desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1964.

<sup>31</sup> Blanco, Alejandro. Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología. Buenos Aires: Quilmes, 2006.

<sup>32</sup> Morcillo Laiz, Álvaro y Weisz, Eduardo. *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción*. México: Fondo de Cultura Económica, 2016.



En últimas, esa sería hoy la tarea docente y universitaria ineludible en el rescate y la conmemoración, de pensadores propios y foráneos. Pero para poder fortalecer la enseñanza universitaria sí concebida, es esencial primero un enriquecimiento bibliográfico —bibliotecas, no llenas sino abundantes en la selección de libros—, traducciones —la labor filológica del estudio de las obras y los autores— y una comunidad científica —que converse, hable, dialogue, discuta y debate—. ¿Pero cómo enriquecer con las dificultades de la empobrecida capacidad bibliográfica de nuestras bibliotecas? O ¿cómo enriquecer la enseñanza dado que los profesores no tenemos curiosidad por consultar y auscultar nuevas bibliografías?

La universidad fundada en la cátedra del profesor aislado, solo y en el anonimato, destruye cualquier opción y alternativa de progreso y desarrollo científico, cultural e intelectual. El *autodidactismo* en sí mismo liquida, destruye y asesina el espíritu universitario. Ahora, la posibilidad de enseñanza tropieza con adversidades y dificultades que se deben en primera instancia a la formación del profesor, es decir, de su capacidad cultural, sus lecturas y producciones y, ante todo, su amplitud de miras en el manejo de idiomas, en este caso si lee en el idioma original o mediante las traducciones, que es un problema palpable de nuestros déficits en la enseñanza y aprendizaje universitario, pero hay dos más, que son de hecho no menos perjudiciales: la lectura y la escritura. Hicimos atrás alusión al modo que nos ha afectado esa cultura intolerante y la mentalidad *antiintelec-*

*tual*, puntualizando, en nuestros ambientes la cultura de la lectura y de la escritura en los que se inscribe la vida universitaria es sumamente precaria.

Por un lado, ya se ha mencionado en la mala entendida pedagogía escolástica que se procura una educación memorística y repetitiva, rutinaria y, por no decir los menos, empobrecida, en la que el estudiante —también el profesor incluido— no lee, libros completos, sino capítulos o resúmenes —no pocos mal hechos— mutilados y sesgados, creando la cultura de la lectura de «fotocopias de 10 a 12 páginas máximo». Y de otro lado, la mejor «innovación» teórica y metodológica, que se divulga en las clases universitarias, es impartir clases con Power Point con esquemas y hasta con presentaciones que parecen «esquelas» para el amor, muy sonantes y hasta muy conmovedoras por las figuras y las frases, pero igualmente, tan artificiales como ornamentales. ¿Cómo lograr que mediante presentaciones en Power Point, el estudiante aprenda conceptos tales como «neutralidad valorativa», «juicios de valor y juicios de hecho», «carisma», «tipos de dominación», «asctismo ético», «secularización»? por poner unos ejemplos.

Para lograr una auténtica enseñanza universitaria son fundamentales hábitos, de estudio, lectura, escritura, exposición, en fin, perfeccionar la cultura oral y escrita, depurar el lenguaje y consolidar igualmente el talento de los estudiantes mediante procesos pedagógicos que, en primera instancia, le ayuden a superar las taras y las trabas del aprendizaje escolar, y que en ese desaprender lo aprendido, vuelva, mediante una ruptura radical de lo adquirido como prejuicio o dogma, a aprender de nuevo con la construcción, erección y edificación de costumbres de estudio variados y radicalmente diferentes a los impuestos durante toda la vida. Valga citar que, Weber fue un defensor de la «libertad de cátedra» y concibió el aula como espacio —sagrado en el sentido secular—, si se quiere *sine qua non*

de la «libertad del pensamiento y del debate sano y responsable», el espacio por excelencia de la desideologización política.

Una cultura universitaria fundada en la idolatría de autores y obras, castra y hasta esteriliza el avance de la ciencia, ya que una ciencia para la memoria y la repetición, no nutre, sino más bien, seca e infecta la muy anhelada posibilidad de la creatividad y de la interrogación. Como en los tiempos de la educación colonial<sup>33</sup>, en la universidad colombiana a la idolatría que consume las posibilidades utópicas de una generación, la acompañan, prejuicios y dogmas que desde una administración y burocracia —enquistada desde el Estado y los partidos— le da prevalencia en los planes nacionales y en los presupuestos a ciertas *ciencias*, que ellos llaman como *ciencia con éxito*, esto es, a las denominadas ciencias útiles. Pero premeditadamente, llaman como *inútiles*, a aquellas ciencias que no suelen resolver problemas prácticos de modo inmediato y no tienen un tipo de éxito, con lo cual se extirpa la ilusión del papel y la misión de la universidad, como rectora del desarrollo, la justicia y la paz de una nación, esencia de la utopía bolivariana de la educación que circula desde la Reforma de Córdoba de 1918 hasta la gran contribución del latinoamericanista mexicano Alfonso Reyes<sup>34</sup>.

Los criterios aquí expuestos en conjunto, constituyen, más que una detracción de la vida y del medio universitario colombiano —o latinoamericano—, una provocación en el sentido de sacudir todas aquellas lamentables telarañas que, incrustadas en las paredes, siguen pegadas de los bloques de la universidad y son parte del inmueble de las aulas de nuestra Alma Máter.

Estos asuntos, sobre la enseñanza y el papel o rol de la universidad, como se puede percibir, fueron el centro de la preocupación de Max Weber y más allá de su entorpecida enseñanza en algunos de nuestros recintos, en los que solamente se le estudia como el sociólogo de la dominación y el poder, el legado weberiano todavía está abierto para nutrir, si se lo lee y estudia con responsabilidad en nuestras aulas universitarias, la sabia docente y estudiantil del corpus antioqueño.

Lamentablemente este otro contorno, la cultura universitaria de la lectura y la escritura, como se ha reiterado, es otro de los déficits del proceso formativo universitario. La innovación de un programa académico no se asegura con reformar los planes de estudio, porque se suele reformar lo que no ha adquirido consistencia y solidez y esa es la medida creativa de la innovación científica universitaria, como en el plano de la integración nacional desde el año de 1810, la recurrencia a reformar los códigos o la constitución, el llamado a plebiscitos y a las asambleas nacionales constituyentes, o el cónclave administrativo para buscar fórmulas de redención; es el hábito mental de la cultura política nacional y universitaria, esto es, el irracionalismo de la racionalidad, para decirlo con Weber.

Reformismo, no revolución, ese es el eslogan y la consigna hasta el día de hoy en la cultura científica, política y universitaria. Pero reformar lo caduco y decadente, «normalizar la ciencia que no ha llegado a un estándar de normalidad, calidad y exigencia», para decirlo con el latinoamericanista historiador argentino José Luis Romero<sup>35</sup>, es como

<sup>33</sup> Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.

<sup>34</sup> Reyes, Alfonso. *Universidad, política y pueblo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1967.

<sup>35</sup> Romero, José Luis. *Argentina: imágenes y perspectivas*. Buenos Aires: Raigal, 1956.

utilizando la frase de Simón Bolívar ante la encrucijada de nuestras naciones: «Arar en el mar». Muy específicamente acudiendo como medio de reflexión a Weber, sería pertinente decir que, ante los déficits de la cultura de la lectura escrita y oral, que se empobrece mucho más con comunidades académicas en las que no existe el debate público, ni la exposición por parte de los profesores de sus avances científicos, ni una tolerancia por la diferencia ideológica y académica, ya que de modo soterrado se imponen la «amonestación» mediante el chantaje y el soborno, en un mundo de clientelas, de igual manera de «burocratización negativa» —diría Weber— es imposible, o es inaudito repensar el legado de los clásicos y los contemporáneos.

Para enriquecer el legado de Weber, por mencionar al que conmemoramos, acaso asuntos relacionados con la cultura de la lectura y de la escritura que se vinculan con no pocas adversidades pedagógicas, por ejemplo, las traducciones en la enseñanza universitaria, los contextos de las obras que se dictan para las materias de los cursos universitarios, la recepción de las obras y autores foráneos en el ámbito de nuestras latitudes, su circulación y su estudio en las comunidades académicas, su divulgación en términos de límites y fronteras, en fin, el cuidado filológico que hay que recabar no se contempla en los planes de estudio, ni siquiera se intuye, en las misiones y visiones del proceso de au-

toevaluación, que se fija siempre en el *lobby* y en lo accesorio, no en lo fundamental y en el corazón de la existencia de una universidad moderna.

En el caso de Weber, apenas se vienen reparando las fisuras de su estudio e investigación en las universidades de lengua española y en singular la latinoamericana —incluida indefectiblemente la colombiana—. Hasta el ahogo es curioso que Weber se le utilice en la ciencia política y en la sociología política desgajado y desmembrado de ciertas exigencias pedagógicas y epistemológicas; por poner un ejemplo, se le enseñan un par de obras, dos o tres, ligadas a los conceptos de *poder, dominación y legitimidad*, o en derecho se le confronta con Hans Kelsen o Norberto Bobbio, sin estudiar antes a Robert Michels<sup>36</sup> —quien fue su amigo y colega contradictor de izquierda—, vaciadas de tiempo y espacio, se cita frecuentemente su revolucionario descubrimiento idealista del capitalismo —la ética protestante—, pero no se ahonda y profundiza con detalle sus investigaciones históricas acerca de la sociología de la religión, la sociología de la literatura, la sociología económica y la sociología del conocimiento.

Basta resaltar una observación más detallada. Se enseña Weber de espaldas a las guerras napoleónicas<sup>37</sup>, al ciclo del periodo del imperio de Bismarck, se prescinde comprender la sociología y la política de Weber en el contexto del final decimonónico, que incitó una era que vio la caída de la *Belle Epoque*, no se reconstruye la obra y la producción de Weber en diálogo con la unificación alemana, la Primera Guerra Mundial (1914), la Revolución rusa (1917) o lo que sin duda marcó más de lo que se cree en la creación científica de Weber, su obra póstuma, *Economía y Sociedad*<sup>38</sup>, texto invaluable que es inentendible sin el marco referencial de la República de Weimer<sup>39</sup>. Biografía, contexto y vida

<sup>36</sup> Michels, Robert. *Introducción a la sociología política*. Buenos Aires: Paidós, 1969.

<sup>37</sup> Mommsen, Wolfgang. *Max Weber: sociedad, política e historia*. Buenos Aires: Alfa, 1981.

<sup>38</sup> Abellán, Joaquín. *Max Weber: Escritos Políticos*. Madrid: Alianza, 1991.

son referentes ineludibles, incuestionables e inocultables, para la recepción y la enseñanza, la divulgación y el aprendizaje de la obra del insigne intelectual alemán.

## Referencias

- Weber, Marianne. *Biografía de Max Weber*. México: Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Bourdieu, Pierre. *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI, 2011.
- Marx, Karl. *Escritos de Juventud sobre el derecho: textos 1837-1847*. Barcelona: Anthropos, 2008.
- Lutero, Martín. *Escritos Políticos*. Madrid: Editorial Tecnos, 1986.
- Altamirano, Carlos. *Programa para una historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Rubiano Muñoz, Rafael; Londoño Mesa, Andrés Felipe. *Baldomero Sanín Cano en la Nación de Buenos Aires (1918-1931)*. Prensa, modernidad y masificación. Bogotá: Universidad del Rosario, 2013.
- Coser, Lewis. *Hombres de ideas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1969.
- Giddens, Anthony. *Política y sociología en Max Weber*. Madrid: Alianza, 1976.
- Weber, Max. *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 2012.
- Giddens, Anthony. *Política, sociología y teoría social. Reflexiones sobre el pensamiento social clásico y contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Medina Echavarría, José. *Consideraciones sociológicas del desarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1964.
- Blanco, Alejandro. *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*. Buenos Aires: Quilmes, 2006.
- Morcillo Laiz, Álvaro y Weisz, Eduardo. *Max Weber en Iberoamérica. Nuevas interpretaciones, estudios empíricos y recepción*.

- México: Fondo de Cultura Económica, 2016.
- Henríquez Ureña, Pedro. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1945.
- Reyes, Alfonso. *Universidad, política y pueblo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 1967.
- Romero, José Luis. *Argentina: imágenes y perspectivas*. Buenos Aires: Raigal, 1956.
- Michels, Robert. *Introducción a la sociología política*. Buenos Aires: Paidós, 1969.
- Mommsen, Wolfgang. *Max Weber: sociedad, política e historia*. Buenos Aires: Alfa, 1981.
- Abellán, Joaquín. *Max Weber: Escritos Políticos*. Madrid: Alianza, 1991.
- Phelan, Anthony. *El dilema de Weimer. Los intelectuales en la República de Weimer*. Valencia: Ediciones Alphonse El Magnánim, 1990.
- Sanín Cano, Baldomero. «Resonancia en el vacío». *Revista Hispania*, no. 30, julio de 1914.
- Palti, José Elias. *Giro lingüístico e historia intelectual*. Buenos Aires: Quilmes, 1998.
- Altamirano, Carlos. *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz, 2008.

## Libros de consulta sobre Max Weber

- Bendix, Reinhard. *Max Weber*. Buenos Aires: Amorrortu, 1960.
- Löwith, Karl. *Max Weber y Karl Marx*. Buenos Aires: Gedisa, 2007.
- Radkau, Joachim. *Max Weber: La pasión del pensamiento*. México: Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Freund, Julien. *Sociología de Max Weber*. Madrid: Península, 1966.

<sup>39</sup> Abellán, Joaquín. *El dilema de Weimer. Los intelectuales en la República de Weimer*. Valencia: Ediciones Alphonse El Magnánim, 1990.